

Boletín Imaginación o Barbarie n°20

América Latina en llamas: malestar social,
movilizaciones, estallidos sociales

Coordinado por Alejandro Osorio Rauld





Sobre el estallido social en Chile: una conversación con Manuel Antonio Garretón*

(Universidad de Chile)

Entrevistado por Alejandro Osorio Rauld**

(Universidad Complutense de Madrid)

La entrevista que acá presentamos, se produce en el contexto de fuertes movilizaciones con persistentes expresiones de violencia, que se han mantenido firmes luego del estallido social ocurrido en Chile el día 18 de octubre de 2019. A más de cuatro meses de aquel simbólico día que con seguridad quedará en la memoria colectiva e histórica de los chilenos, abundan más preguntas que respuestas respecto de lo se comenzó a gestar desde aquel día en el país sudamericano. Sobre este fenómeno que ha llamado la atención en todo el mundo, la única certeza que nos entregan hoy los analistas, es que dicha explosión social no se produjo únicamente por un alza en el precio del billete de metro, sino por un cúmulo de situaciones negativas en el corto y largo plazo, las que superpuestas entre unas y otras, han ido lentamente socavando las bases sociales, políticas y culturales de la democracia chilena.

Para indagar con mayor profundidad en las causas y posibles soluciones a la crisis social chilena, decidimos conversar con el profesor y Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanidades, Manuel Antonio Garretón. Ello porque su trabajo intelectual, validado en todo el mundo, ha consistido en toda una vida de esfuerzo dedicada al estudio de los procesos sociales, políticos y económicos en América Latina, con especial énfasis en el caso chileno. Su aporte al campo de las ciencias sociales latinoamericanas ha sido fundamental para pensar analíticamente la articulación entre

Estado y sociedad en la región, siendo, justamente, el divorcio entre estas dimensiones una de las posibles explicaciones para dar cuenta de porqué los chilenos ya no confían en sus representantes, demandando otro tipo de democracia y modelo de desarrollo.

AOR: A su juicio, profesor, ¿cuáles son los factores más relevantes que explican el estallido social que ha ocurrido en Chile a partir del 18 de octubre de 2019?

Para entender bien la particularidad del caso chileno, se hace necesario, primero, comprender que no se trata, necesariamente, de un caso aislado, sino que más bien, hablamos de una situación enmarcada en un contexto mundial de debilitamiento y cuestionamiento de las democracias representativas. Efectivamente, las democracias representativas, tal cual las conocemos, se encuentran seriamente cuestionadas por las ciudadanías. Y este complejo fenómeno, a mi juicio, se explica por varias razones de orden cultural, económico, social, político, etc., que bien han sido abordadas por las ciencias sociales. No obstante, un elemento a mi entender de los más importantes tiene que ver con una nueva forma de vivir la experiencia democrática. Se trata de una nueva concepción en la cual el "imaginario democrático" rompe con la idea de un régimen institucional tal cual lo conocemos, y pasa a convertirse, fundamentalmente, en la visión de un proceso y de una verdadera experiencia. Esta nueva forma de experimentar o vivir la democracia, trasciende la idea de ir a votar cada cuatro o seis años o de participar en un partido. Además de ello, también se trata de manifestarse colectivamente en las calles, ya sea protestando o incluso tirando piedras.

El cambio es que ahora sí la democracia es vivida como una experiencia y, por lo tanto, la identificación se hace más compleja, e incorpora aspectos subjetivos, lo que uno puede hacer, expresar en la manifestación pública y en las redes.

Esta experiencia, distinta a los tiempos institucionales, va a tratar de ser prolongada lo máximo posible, porque esa es "la experiencia democrática", muy acorde a eso que llamamos la "sociedad digital", que no existe en términos puros, pero que de alguna manera está hibridada con las sociedades industriales de Estado Nacional.

Así las cosas, la experiencia democrática, vivida en los términos descritos, provoca que las personas vivan una experiencia igualitaria, en el sentido de que se puede decir lo que quiera y de inmediato, con otros "sujetos de comunicación". A "ellos me voy a dirigir", seleccionándolos, de tal manera que van a pensar lo mismo que yo. Muchos hablan de "tribus digitales" en el contexto de la digitalización, por el cual la gente cree que la democracia consiste en la comunicación de lo que a uno individualmente le pasa, independientemente, de la respuesta del otro. Yo creo que esto va en esta misma línea y trasfondo.

Esta nueva forma de *vivir o experimentar la democracia* no está dissociada de la realidad local chilena, aunque claro siempre hay particularidades. Una de éstas es que estamos en presencia del único caso posdictadura, en el cual lo que existe es un orden económico-social heredado de la dictadura, que ha sido corregido, pero no superado, por los gobiernos democráticos de los partidos de la Concertación.

AOR: ¿Podría decirme cuáles son algunas de las características de este modelo de desarrollo neoliberal del caso chileno?

El sello de este modelo neoliberal consiste, fundamentalmente, en la mayor mercantilización posible de todas las esferas de la vida de la sociedad, es decir, la radicalización de la mercantilización llevada al extremo. Al respecto, no parece exagerado decir que con seguridad no hay ningún país en América Latina posdictadura en el que estén *privatizadas* las pensiones, la salud, el trabajo, la

educación, la organización territorial, los derechos de aguas, el derecho a la vivienda, todo absolutamente mercantilizado, con una gran reducción del espacio público tras la excesiva expansión mercantil. Bajo este paradigma, el imaginario "sociedad" pasa a ser concebido como mercado, con todas las implicancias de lo que ello conlleva en el no reconocimiento de los derechos de las ciudadanías.

AOR: ¿es la mercantilización de todos los aspectos de la vida social el factor más predominante en desencadenar esta explosión social que ha llamado la atención de todo el mundo?

Para responder a esa pregunta, hay que tomar en consideración todo lo que señalaba anteriormente, respecto a vivir la experiencia democrática en forma mucho más intensa que asistir cada cierto tiempo a las urnas. Hay que relacionar esa dimensión más "horizontal" de la democracia, más activa y movilizadora, con lo que hoy día está sintiendo la gente en Chile. Ello lleva a la ciudadanía a percibir la democracia como un régimen que realmente no la protege. Si, además, a eso le sumamos distintos fenómenos como ha sido la corrupción política, todo se complica aún más, ya que todos estos factores han ido incidiendo en un creciente distanciamiento o ruptura entre Estado y sociedad. Por cierto, en el caso chileno esto es muchísimo más complejo respecto de otros países vecinos, porque la imbricación entre política y sociedad fue la "columna vertebral" de la sociedad chilena durante varias décadas. En verdad, la dictadura militar chilena quebró esta relación, pero incluso durante este período, pese al vínculo reprimido, pese a la enorme violación de Derechos Humanos, se mantuvo, aunque claro, con dificultades, pero así y todo logró mantenerse. Esto se puede ver muy claramente en el plebiscito de 1988 para salir de la dictadura, que fue organizado por los partidos políticos; lo mismo ocurrió con las movilizaciones del año 83' en adelante en que había importante participación de los partidos. Es por ello que, efectivamente, se puede afirmar la existencia de

una relación entre pueblo y partidos políticos, pese a lo que señalan algunos historiadores chilenos que indican que lo que había en el país era sólo "pueblo movilizado" con estructuras institucionales que lo tenían "cooptado".

Ahora bien, lo que sí va a ocurrir en el período posdictatorial, es una separación en la que ambas esferas, política y sociedad, van a empezar a girar en torno a sí mismas: el mundo político cada vez se va autonomizando, mientras, paralelamente, el mundo social se distancia bajo sus propias lógicas y tiempos: esto lleva, necesariamente, a un corporativismo e individualismo que trae consigo desesperación en la ciudadanía, con protestas y demandas sin cauce institucional. En efecto, el drama de la sociedad chilena es, justamente, esta escisión entre política y sociedad, que, por cierto, ha ocurrido en muchas sociedades del mundo, aunque en Chile tiene una gran particularidad porque, precisamente, esta articulación o imbricación era la "columna vertebral" de la sociedad que permitía que existieran actores sociales con influencia sobre el sistema político.

AOR: ¿Cuál es la responsabilidad que tienen las fuerzas políticas tanto de derechas como del centroizquierda en este divorcio entre política y sociedad?

Como le indicaba, los elementos institucionales mencionados han influido negativamente sobre el proceso social, pero también han existido otros elementos claves para entender la magnitud del estallido social, y uno de estos componentes ha sido la existencia de un modelo socioeconómico basado en el abuso, en la desigualdad y en la injusticia; el gobierno de Piñera, discursivamente ha prometido en dos oportunidades que todos iban a lograr alcanzar las expectativas que ese modelo ha creado, pero como hemos visto, eso no se ha cumplido.

En el caso de los gobiernos de la Concertación la situación es distinta, ya que estos gobiernos realizaron

transformaciones muy importantes, sin embargo, no lograron romper con lo esencial del modelo socioeconómico. Por una parte, habían factores institucionales como una democracia limitada que impedía grandes transformaciones, pero, por otro lado, también muchos dirigentes progresistas fueron acomodándose al modelo neoliberal, incluso, en algunas casos, llegaron a entusiasmarse, y no vieron necesario transitar hacia otro modelo. El discurso era que "se habían cometido ciertos errores en la dictadura, pero que se podían mejorar". Hay una famosa entrevista a Alejandro Foxley, quien fuera ministro de Hacienda del primer gobierno democrático, en la cual hace ver que se ha sido injusto con la obra económica de Pinochet. En estas posiciones se reconoce y condena la dictadura y las violaciones de DD.HH, pero se considera que se ha sido injusto con la obra económica...entonces, hubo una cierta adaptación con el modelo; adaptación que se produce, entre otras cosas, por lo que yo llamo la "trampa del éxito", que tiene que ver con las significativas mejoras en las condiciones materiales de vida de vida de los sectores populares, eso sí a costa de su endeudamiento, y en sus repetidos triunfos electorales.

AOR: A propósito de esta "trampa" que usted menciona, hay varios estudios, entre ellos uno del mismo presidente Sebastián Piñera¹, en el que da cuenta de que la reducción de la pobreza no es un fenómeno propio de los gobiernos democráticos, sino que se produce desde la década del cincuenta en adelante, llegando a un 15% bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Entonces, es sabido que en dictadura la pobreza y la desigualdad aumentaron, pero también es cierto que puede existir una cierta sobrevaloración de estos datos que indican que sólo desde que se volvió a la democracia se terminó con la pobreza...

Lo que ocurre es que en Chile el nivel de pobreza se empieza a medir tardíamente. La mayoría de los estudios críticos de este tipo se enfocaban en analizar la concentración económica

y las transformaciones de los grupos económicos. Ahora bien, la realidad es que el nivel de pobreza que entrega la dictadura es cercano al 50%, y en ciertos territorios, poblaciones y segmentos etarios, alcanzaría con seguridad el 70%. La reducción de la pobreza que hacen los gobiernos de la Concertación es muy grande, ya que muy pocos países han hecho eso. También pasar de 5000 U.S. a sobre 20 mil dólares de ingreso percapita es sin duda un avance. Esto también incluye los tratados comerciales. Sin embargo, el coeficiente Gini se mantiene, y ese es uno de los grandes problemas en un país que está creciendo. En mi opinión, eso ha generado una sensación de injusticia muy relevante para explicar este rechazo en globo al modelo económico-social. De hecho, si se mira con detención algunos de los últimos estudios sobre desigualdad, estos muestran la desigualdad en todos los niveles, y esto se conoce y comenta, entonces, es visto como una expresión del abuso, de la injusticia, presente en la salud, las pensiones, la educación, las remuneraciones, las diferencias de género respecto de las oportunidades, la situación medio ambientales, etc., todo lo que lleva al rechazo de un orden económico social en términos de *dignidad*.

Este concepto, a mi modo de ver es fundamental, porque uno de los componentes de esta desigualdad es la idea de *maltrato*, de desigualdad en el trato, y en ese sentido, por ejemplo, el movimiento feminista fue premonitorio ya que hace mucho tiempo venían planteando estos temas. Desde ese movimiento se logró generalizar esta idea del maltrato, más allá de las relaciones de género. Lo importante, y el gran logro, es que la categoría pasa a ser universal y de uso común, y frente a eso, lo que se puede agrupar bajo el concepto de "maltrato" pueden ser múltiples demandas, que se van a catalizar, a través, de la subida del pasaje de metro, pero que van a tener un horizonte común: el rechazo al abuso y a las desigualdades y el principio ético de dignidad.

AOR: ¿podría especificar un poco más la noción de "horizonte" que ha instalado?

Claro, el horizonte de las movilizaciones es la *dignidad*, y ese es un horizonte utópico de alguna manera imparable. Ahora ¿cómo puede un concepto como este aterrizar en instituciones? Sólo a través de un nuevo modelo económico-social. Sin duda, lo que está detrás del estallido social y las movilizaciones, es un fuerte rechazo al modelo neoliberal gestado en dictadura, que ha sido preservado y corregido por los gobiernos de la Concertación, pero no superado. Y ese rechazo de la ciudadanía lleva también a lo que le mencionaba antes, a la ruptura entre política y sociedad. Es por eso que todo lo que sea político e institucional es asociado a modelo socioeconómico, casi como una traducción simultánea. No hay que olvidar, que se trata del único caso en América Latina, y probablemente en el mundo, en el que el modelo socioeconómico fue consagrado por medio de una Constitución impuesta por una dictadura. Y, que el hecho de que se haya terminado con la dictadura, no significó eliminar aspectos muy importantes, como el que el comandante en jefe del ejército fuera el máximo dictador y asesino durante ocho años, y eso no ha ocurrido en ninguna otra parte del mundo.

AOR: para usted es claro que lo que hay detrás de las movilizaciones y el estallido es un rechazo al modelo socioeconómico heredado de la dictadura, pero, ¿existe también la posibilidad de que las movilizaciones sean por un mejoramiento del modelo en su eficiencia y provisión de bienes y servicios, tal como planteaba a fines de los 90' José Joaquín Brunner, cuando criticaba el concepto de "malestar social"²?

Lo que hay detrás del estallido y las movilizaciones es un rechazo global del modelo socioeconómico; se trata de un rechazo no sólo en el plano racional, sino también visceral y/o emocional. Este rechazo es contra lo institucional,

porque la ciudadanía identifica, de alguna manera, que las instituciones no permiten cambios profundos y democráticos, sobre todo por la naturaleza de la Constitución. Y eso es lo que está planteado y se refleja en el amplio apoyo al cambio de Carta Fundamental.

A mi juicio esto es muy interesante, y de alguna manera, distingue al estallido social chileno respecto de las movilizaciones de otros países, puesto que Chile parece ser un caso en el cual hay un "horizonte", que va más allá del estallido y movilización. El horizonte, definitivamente, es terminar con el modelo neoliberal, el que tiene componentes muy claros e identificados por la ciudadanía: tiene una Constitución forjada en dictadura, un sistema de pensiones, de salud y de educación privatizado, todo lo que ha sido tremendamente ineficiente en materia de distribución y prestación de servicios. En tal sentido, el horizonte normativo si se quiere, es superar o transitar hacia otro modelo de sociedad. No obstante, pese a ese objetivo, parece ser que no se tienen los instrumentos para realizar ese cambio, sobre todo, porque la ciudadanía no confía en las instituciones políticas, es más, éstas son mayoritariamente rechazadas. A ello se suma otra situación, que es una característica casi "adenística" de los movimientos sociales, que es el pensar que, de alguna manera, el cambio son ellos y pasa por ellos, sin necesidad de articulación con la política institucional. Sin duda, esto plantea un problema, porque si no se confía en las instituciones, se piensa automáticamente que es el movimiento mismo el que debería cambiar la sociedad, la consecuencia de este razonamiento, claro está, es la prolongación máxima de este estado.

En virtud de lo anterior, es que considero que, con fines de legitimar la política, se hace fundamental separar "estallido" y "movimiento", reconociendo en la esfera de lo político una lógica distinta del movimiento mismo -con sus propios tiempos y lógicas de negociación-. De no hacerlo,

pienso que se corre el riesgo de seguir profundizando la descomposición a la que he hecho mención, generando espacios para el surgimiento de la violencia. Por cierto, rasgos de violencia que tienden muchas veces a acompañar a los movimientos sociales, pero que es distinta de la violencia delictual asociada al saqueo y el narcotráfico, la que aprovecha la deslegitimación de las instituciones para expresarse en medio de las movilizaciones, aunque éstas las rechacen.

Del mismo, si no hay espacio para la política, e incluso de expresiones como han sido los cabildos -que han sido muy importantes-, estos pueden terminar siendo erosionados por el estallido y por sus elementos de violencia. Ese es el estado actual de las cosas.

AOR: En su opinión, ¿la ciudadanía está demandando más democracia e inclusión deliberativa pero sin necesariamente que esa demanda sea canalizada a través de los canales institucionales?

Yo tengo la impresión de que para responder a esa pregunta, hay que distinguir los distintos modelos de democracia. La democracia "representativa", la "participativa", la "deliberativa" y yo, además, agregaría lo que ha sido una gran enseñanza de los últimos tiempos, la democracia "expresiva". Cada una de estas democracias, por sí sola, tiende a hacer desaparecer o excluir a las otras formas de ejercer la democracia, lo que, finalmente, termina mermando lo que se entiende por democracia y su respectiva adhesión.

Profundicemos un poco sobre esto. Si la democracia son solo las votaciones cada cuatro años, entonces, la democracia parece ser una cosa extraña a la vida de cada cual, sin la necesidad de "compromiso cívico" de la ciudadanía: se eligen representantes y luego se delega todo en quienes tienen que representar, otorgándole a los políticos la posibilidad de hacer prácticamente lo que estimen conveniente. Esta

democracia también tiene mecanismos que no siempre se establecen, como son las revocaciones de mandato, que podrían hacer de la representación algo más efectiva, sobre todo en un momento tan complicado para la representación como es ésta época. Porque, cuando usted tiene clases sociales, por ejemplo, es normal que haya partidos que las representan; cuando usted tiene identidades y muy distintos clivajes, ¿quién los puede representar? Entonces, mi impresión es que estamos en una situación donde no hay ninguna organización o partido que pueda ejercer la representación de sectores sociales que ya no se definen sólo por intereses de clases, o religiosos o territoriales sino que se agregan una suma de distintos tipos de demandas e intereses, y en otros casos por identidades, y las identidades muy difícilmente son representables por alguien distinto a uno mismo. Todo esto, junto a otros factores, han llevado a una crisis de la representación, que como le indiqué, no sólo es chilena, sino mundial.

Por otra parte, cuando decimos "demanda por democracia" hoy día, yo creo que, efectivamente, es así, pero no una democracia tal cual la conocemos. No hablamos de una democracia representativa en términos puros, pero, por supuesto, convengamos en que tampoco puede haberla si no hay representatividad. Es por ello que la gente percibe que la representación es una manera de evitar que "yo esté ahí". Y para eso está la democracia "participativa", que también es una democracia institucional, es decir, con mecanismos de representación junto a mecanismos de democracia directa. Ahora, suceden cosas interesantes y problemáticas, porque, por ejemplo, siendo Brasil uno de los países que más ha avanzado institucionalmente en materia de democracia participativa, ello no necesariamente se ha traducido en una democracia profundamente sana. Basta ver los fenómenos de corrupción y la llegada al gobierno de un líder no demócrata.

Después tenemos la "democracia deliberativa", que tiene que ver, fundamentalmente, con la capacidad del *demos* de discutir y decidir a partir de debates y propuestas públicas qué es lo que se quiere como sociedad. Tampoco se puede tener una democracia puramente deliberativa. Yo creo que surge hoy día una especie de sustituto de todo lo anterior que es la "democracia expresiva", que va a tener que existir, y que no se agota ni en la democracia representativa, ni en la participativa, ni es auténticamente deliberativa. En sí misma, no es democracia y el ejemplo más claro, es la red. Ahí tienes una democracia expresiva o bien la democracia de "la calle". Es muy interesante que el medio *The Economist* puso a Chile como una democracia plena, sólo cuando se produce este tipo de democracia con manifestaciones en las calles y cabildos y consultas no institucionales.

Así, la demanda por más democracia no es por el actual tipo de democracia y en mi opinión, tiene que ser representativa, a la vez que participativa, deliberativa y expresiva, y si no tenemos eso, entonces, se corre el riesgo sólo de quedarse en la puramente expresiva, porque es el lugar en que cualquiera pueda decir lo que quiera. Y en ese sentido, es tan importante a mi juicio, cuando uno revisa este distanciamiento entre política y sociedad, darse cuenta que una de las salidas, paradójicamente, es la salida política, pero ¿por qué es una paradoja? Porque resulta que la sociedad no le cree a los políticos y ni a las instituciones; los partidos tienen menos del 5% de confianza, el resto de las instituciones tampoco tiene legitimidad valórica. Y el problema no es de confianza, porque eso puede recuperarse, sino de la ruptura de una compleja relación cuya reconstrucción supone largos procesos.

AOR: ¿Puede ser el acuerdo por la Nueva Constitución una forma de restituir el lazo entre política y sociedad?

Claro, justamente en ese momento se ven todos los componentes de la situación. En el momento de máxima violencia, de destrucción del metro, de actos de vandalismo y luego de una muy masiva movilización, se hace un llamado a la política, y son los políticos, que, paradójicamente como dije, tienen muy baja confianza, los que llegan a una solución, la cual involucra a la ciudadanía. Y ese ha sido el caso de las grandes movilizaciones de otros países que cuentan con regímenes parlamentarios. Cuando viene el final de mayo del 68' en Francia ¿qué es lo que ocurre?: se disuelve la Asamblea y se llama a una elección -independientemente del resultado de esa elección- y ahí termina el movimiento. Lo que ocurre es que en esa decisión política está involucrada la ciudadanía.

Pues bien, ¿cuál fue la primera solución acá? Cambiar la agenda y hacer promesas que no se podían cumplir; la segunda, mandar a los militares a la calle a reprimir, la tercera, cambiar el gabinete. Todo eso fracasó y generó una bola de nieve, aumentando las demandas, las movilizaciones y también la violencia. El gobierno cambió el gabinete, pero, a diferencia de los cambio de gabinete en regímenes parlamentarios, aquí no estuvo involucrada la ciudadanía, por lo que se ve como un "arreglito político". Ello puso en el tapete el posible cambio de gobierno como solución, desechado por la mayor parte del mundo político. Hubo un momento que se pensaba eso. Una de las radios más importantes del mundo, la BBC, en una entrevista le pregunta al presidente Piñera si va a terminar su mandato. En ese momento, se llama a un "acuerdo político" y ese acuerdo, a mi juicio, en el contexto de máxima violencia, restituye un espacio político que en algún momento tiene que ganar en legitimidad. Hay acuerdo, cosa que no había hasta entonces, pero ¿para qué? El sentido más profundo de ese acuerdo entre los actores políticos, excepto

el PC, sectores del Frente Amplio, aunque ese sentido esté en disputa, es generar un proceso constituyente para el cambio de la Constitución, es decir, el cambio del orden político que permite el cambio del modelo económico-social heredado de la dictadura, corregido pero no superado por los gobiernos de la Concertación. Si eso no se logra, volverán indefinidamente las movilizaciones, las respuestas parciales y la represión de un gobierno sin legitimidad que ha producido la más grande crisis de derechos humanos desde la dictadura, la violencia, y el sistema se irá descomponiendo con todos los costos económicos y sociales que eso significa.

El asunto es que esa es una solución parcial, en la medida, en que la ciudadanía no vea que hay cambios estructurales y no sólo movilización de recursos de un lugar a otro, sino un cambio o señal fuerte respecto del tema de la *desigualdad*. Creo que mientras no haya eso, este cambio político va a tener una cierta legitimidad truncada y van a seguir existiendo las movilizaciones con gran frustración, con rechazo, y es obvio que de eso se va a aprovechar el mundo delincencial. Esto no significa que las movilizaciones deban terminar, sino más bien, debemos entender que mientras no haya seguridad de que estamos caminando hacia un nuevo orden económico-social, estas muy probablemente no se van a detener.

Un buen ejemplo de esto podría ser el anuncio de que se van a terminar las AFP o que se va a crear un sistema de organización territorial autónomo y verdaderamente descentralizado; que se van a aumentar salarios significativamente y que también se van a subir los impuestos, de modo que algunos van a pagar mucho más, y por lo tanto, esto va a ir caminando hacia la búsqueda de una mayor igualdad; además, de que el Estado se va a hacer cargo, definitivamente, del problema del agua para resolver el problema de la crisis hídrica. Anuncios de este tipo de medidas, le daría otro tono a las movilizaciones para exigir

que se realicen, y ya no serían de rechazo, a excepción, de que se negocie o se trance. Por supuesto, esto frenaría la violencia de tipo delictual, en la medida, que, además, se hagan profundas reformas en la fuerza pública.

AOR: *¿Esto significa transitar desde un modelo neoliberal hacia otro tipo de modelo?*

Por supuesto, y yo creo que vamos hacia eso. Mientras exista la percepción en la ciudadanía de que no estamos transitando hacia eso, va a seguir el proceso de movilización social. No obstante, hay muy pocas señales, salvo el proceso constituyente, pero, en general, no se han dado señales de que vamos hacia un cambio estructural. Y, en ese sentido, por ejemplo, la salida de las AFP, acompañada de un mejoramiento sustancial de las pensiones de hoy en día, sería el anuncio de un cambio de un sistema que ha sido heredado de la dictadura militar, y yo diría que en materia de educación también sería fundamental, ya que Chile tenía una gran tradición de educación pública, con una gran cobertura estatal, pero que se ha ido reduciendo cada vez más. Mientras no hayan cambios sustanciales de este tipo de elementos, la política nunca va adquirir legitimidad. La legitimación, en mi opinión, se puede dar por dos vías: por la vía del proceso constituyente, pero, por otro lado, a través de la construcción de una articulación entre la gente y el Estado, para lo que se requieren reformas estructurales que cambien la percepción y que hagan que la gente sienta que valga la pena seguir viviendo en el país. Es muy ilustrativo el famoso letrero que decía: *¡nos movilizaremos hasta que valga la pena vivir!*

AOR: *En su opinión ¿cuál es la estrategia que está desplegando el gobierno del presidente Piñera? Se lo pregunto porque, si estas señales a las que hace mención dependen de la voluntad del ejecutivo, parece difícil que se avance en esa dirección. Por tanto, de continuar las movilizaciones,*

sin separación del estallido, una respuesta de orden autoritario es una posibilidad sobre la mesa.

Lo que está claro es que nadie había siquiera imaginado en septiembre de 2019 que se iba a realizar un cambio de la Constitución, y que, además, en ese cambio, el presidente y la derecha iban a llamar a un plebiscito para una Nueva Constitución. Yo creo que nadie lo habría siquiera pensado. No obstante, lo que ocurre -a diferencia de lo que plantean muchos- es que el gobierno no sabe realmente lo que quiere, no sabe qué hacer. Está comandado por un presidente que ha mostrado ser incompetente, con mucha arrogancia y con amargura -es sólo cosa de ver su rostro en los medios- que realmente no sabe qué hacer. Este no es el mundo de los negocios y el mundo financiero, no se puede organizar de esa manera, por tanto, ha demostrado no saber qué hacer ante todo lo que ha ocurrido. Su trayectoria ha sido de gerente y de especulador financiero, y en eso lo ha hecho muy bien, pero esto es distinto y yo creo que se ha visto superado. Y yo creo que ahí, lo importante, es que ha surgido una derecha política democrática que no se había materializado hasta ahora. Esta derecha está expresada por el Presidente de Renovación Nacional y grupos que lo apoyan y que votarán por una nueva Constitución en el Plebiscito, quien, además, indica que se puede cambiar completamente la reforma tributaria, sin negarse a discutir sobre ello y tomando en consideración una reforma que suba los impuestos a los más ricos; lo mismo vale para el tema de las pensiones, abriéndose a la posibilidad de conversar sobre el tamaño del pilar solidario para el pago de pensiones. Hay también en la derecha un partido, EVOPOLI, que también, de alguna manera, es una expresión de esta derecha más democrática más allá de que en materia económico-social mantengan la postura económica de defensa del modelo.

En cambio, sectores que en la transición aparecían como los demócratas en el mismo partido, muestran que no lo han

sido realmente, salvo por conveniencia. Como siempre el sector menos democrático y que se apega a la sociedad de la dictadura y a una democracia restringida es la UDI, que es el sector civil que más ha defendido la Constitución pinochetista y opuesto a sus reformas.

AOR: *¿Hay dos almas en la coalición de derecha?*

Todo parece indicar que sí, que está surgiendo un nuevo *clivaje* en la derecha, que no había existido hasta ahora, entre sectores democráticos que señalan que para mantener la democracia hay que conceder todo lo que sea necesario, y los que se apegan a la defensa de la sociedad post-pinochetista.

Mi impresión es que el gobierno no tiene una línea propia y está forzado a tener que lidiar con la tensión entre las dos derechas, que son la UDI más un sector de RN, expresado en el liderazgo de Andrés Allamand, y un nuevo sector de derecha, expresado, como he dicho, en el liderazgo más democrático de Mario Desbordes y algunos ministros incluido el mismo ministro de Hacienda, que a diferencia de casi todos los otros en ese cargo tiene apellido común y es egresado de la educación pública y formado en Europa. Por supuesto, es gente de derecha, lo que está bien ya que es parte del juego democrático; tiene que haber derecha, pero la diferencia es que ésta da hasta ahora garantía democrática de negociación y de conversación y de mayor comprensión del tipo de crisis que vivimos, algo que no ocurre con sectores más radicales como la UDI y el sector identificado con el liderazgo de Allamand.

He ahí, entonces, el problema del gobierno: ¿cómo mantiene unida una coalición que está cruzada por este clivaje entre un sector que desea mantener y otro que desea superar el orden heredado de la dictadura militar? Ese es su gran dilema. Evidentemente, que no todo se reduce a este clivaje, ya que también hay gente que está por una respuesta autoritaria contra las movilizaciones y la violencia social, pero lo más significativo ahora es esta tensión que hay entre

estas dos posturas. Frente a esta tensión, el presidente se encuentra anulado y me da la impresión de que lo único que desea es llegar al final de su mandato, siendo esto lo único relevante para él. Por ello, creo que sería bueno interpretar todos sus movimientos y respuestas en ese sentido.

AOR: ¿Se trata de sus intereses como empresario?

Sobre esto quiero señalar una cosa. Es verdad que el presidente ha sido juzgado por conflictos de interés al ser un hombre de negocios, pero él tiene su riqueza ahí y la va a seguir teniendo aunque haya un cambio de modelo. En tal sentido, su parálisis no tiene que ver con sus intereses como empresario. Tampoco se encuentra presionado por los intereses empresariales o de los grupos de presión, ya que no se encuentra defendiendo a las organizaciones patronales. Él está actuando en su cargo más bien para mostrar al mundo que no es incompetente; no busca asegurar sus intereses privados o el orden económico-social; hoy su problema es cómo se mantiene en el cargo. Su interés es que no se destruya el gobierno mostrándose ante el mundo incompetente e incapaz de haber resuelto un conflicto que ya lleva casi cinco meses. En ese sentido, su torpeza, es que él debiera haber aparecido como el hombre que llamó a la Nueva Constitución -en acuerdo con los partidos- y pueda haberse abanderizado con eso. En algún momento pareció que asumía ese rol, pero hoy ya no, por el problema dentro de su coalición. Luego, su problema fundamental es la mantención de la coalición. Cuando ganó Piñera, el discurso era que este gobierno inauguraba un nuevo ciclo de próximos gobiernos de derecha y casi toda la gente de centro y de izquierda, de alguna manera temía esa posibilidad, pero hoy día nadie piensa eso. Puede ocurrir, pero no es el tema en cuestión.

AOR: Muchas gracias, profesor, por conceder esta entrevista.

NOTAS:

¹ El estudio de Piñera al que hago mención se llama *Evolución de la pobreza en Chile: períodos (1940-1954; 1954-1958)*. Santiago: Proyecto interinstitucional de pobreza en América Latina, 1978.

² El estudio de Brunner al que hago mención es "Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?" *Estudios Públicos*, 72: 173-198, 1998.



[VOLVER](#)

* Doctor en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París. Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanidades y profesor del Departamento de sociología de la Universidad de Chile.

** Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Investigador colaborador en el Grupo de Estudios sobre Política y Sociedad, GESP (UCM-UNED).